# EL MAR

Por: Lucas Remírez Eguía

**CAPÍTULO I**

La primavera estaba a punto de terminar y los días, además de irse haciendo más largos, comenzaban a ser calur­osos. Era sábado y tenía toda la mañana para él solo. Su mujer y su hija, se iban de compras y el hijo tenía partido de baloncesto. No jugaba mal el chaval, claro que, pensaba Mundi, con los medios que tenían ahora, así cualquiera. Po­lideportivos cubiertos, balones de cau­cho, botas con mil sis­temas de amortiguación del salto, tableros de fibra, aros que permitían ma­chacar sin de­jarte las muñecas porque cedían, masajistas, fisioterapeutas... Le hubiera gustado verle jugar en las condiciones que jugaban los divinos que conoció en su paso por los colegios. Campos de tierra, donde era casi imposible que el balón botara de for­ma controlada, tableros de madera que, poco a poco, se iban cuarteando, aros incli­nados o temblones de puro hierro y sin re­des la mayoría de las veces, duchas con agua fría, balones que, al principio, eran de cuero aunque luego ya llegaron los otros. . En fin, que cada vez les daba más mérito a sus compañeros de aque­llos años, que se pegaban las grandes sudadas, embutidos en sus trapillos, si querían aprove­char la hora del recreo para jugar unas canastas.

Decidió ir a darse un paseo por las afueras. Lo bueno de la ciudad en la que vivía es que, salieras por donde salie­ras, los munícipes lo habían organizado de tal manera que siempre en­contrabas unas zonas verdes entre árboles y césped ;habían echado el resto, sobre todo, en la par­te que más le gustaba a Mundi, la zona próxi­ma al gran río. Las ri­beras habían sido rehabilitadas y un manto de verde césped, cortado por caminos perfectamente acondicionados, permi­tía darse unos largos pa­seos disfrutando del contacto con la naturaleza.

A Mundi, le gustaba más la ribera que quedaba al otro lado de la ciudad, por­que, la ciudad, se apoyaba, por el norte, sobre el río, pero era remisa a traspasar­lo y sólo, algu­nas instala­ciones deportivas, unas bodegas de renombre, un grupo pe­queño de casas, el cementerio y un po­lígono indus­trial, estaban al otro lado. Bien es verdad que, a escasamente un kilómetro del río, lle­gaban los límites de otras dos pro­vincias. Pero esa no era la razón, daba igual, algo hacía que sus convecinos hu­bieran vivido durante muchos años de es­paldas al río y sólo en verano, cuando an­tes se podía bañar en él o cuando había alguna crecida, se acordaban de que existía.

En el buen tiempo, se animaban un poco más ya que, con el estiaje, se formaba una peque­ña playa de canto roda­do, que el ayuntamiento completaba con arena. Un embar­cadero donde al­quilaban barcas de dos remos, un par de merenderos y una gran chopera con mesas y bancos para poder comer, completaban la oferta. Pero, sobre todo, los ha­bitantes de su ciudad, recordaban la existencia del río cuan­do te­nían que atravesarlo para enterrar a un ser queri­do. A lo mejor, esa era la razón por la que, hasta hacía poco, el otro lado del río fuera un lugar que estaba allí y nada más.

 Después, vino el desarrollo, el río comenzó a conta­minarse y pocos eran los que se baña­ban en él; el acondicio­nado de las riberas y sobre todo, la construcción de una gran instalación deportiva con piscinas de invierno y de verano, es lo que hizo que la gente se fuera animando a pasar el río. La verdad es que no sería por falta de medios, ya que cuatro puentes y una pasarela peatonal ponían en contacto las dos orillas.

-Buenos días D. Segismundo, ¿lo de siempre?

-Si, Antón, buenos días. Menudo tiempo tan estupen­do que hace.

Antón, el quiosquero, llevaba vendiéndole los perió­dicos desde que montó su chiringuito. Sabía que los sábados y los domingos, Mundi, se llevaba dos periódicos, uno local y otro de ámbito nacional. El resto de los días de la semana, con el local era suficiente. Su mujer se encargaba de las re­vistas del corazón.

-Y que lo diga.-respondió el quiosquero, mientras le alcanzaba los periódicos de entre los que tenía apartados para la clientela fija-A este paso, en verano, nos achicharra­remos.

 Mundi pagó y antes de que Antón empezara a ha­cerse conjeturas sobre cómo quedaría el Madrid ese sábado, hizo mutis por el foro, aprovechando que llegaba otro clien­te.

Caminó despacio y poco a poco, se fue alejando del bullicio de una ciudad en sábado por la mañana. Por unas callejuelas del casco histórico, fue llegando a la zona donde se encontraba unos de los puentes. Pasó junto al antiguo Hospital Pro­vincial y al llegar a sus traseras no pudo menos de acordarse cuando, de pequeño, en verano, con la cuadri­lla del barrio, se acercaban a esa zona para, a través de una verja que circundaba el hospital, tratar de ver algo en el “cuarto de las pata­tas”. Ese “cuarto “,que llamaban ellos, era una sala pequeña de autopsias, en semisótano, des­tartalada y vieja, donde el forense de turno cumplía con su obligación. Como la sala carecía de ventila­ción adecuada, había veces, sobre todo en verano, que el galeno abría la puerta para que entrara el aire y al estar tan cerca de la verja, ellos, los mi­rones, podían adivinar algo de lo que allí se ha­cía, aunque ver, lo que se dice ver, poco veían.

El puente no estaba muy transitado. Le llamaban el de “piedra “ porque estaba hecho de ese material y era de siete ojos. Databa de mil ochocientos y pico. A ambos lados dispo­nía de unas es­trechas aceras para peatones y por el centro, discurría la calzada de dos direcciones para vehícu­los. Era el más antiguo de todos, posterior­mente se hizo otro, el de “hierro“, todo de estructura me­tálica, de cuatro ojos. Así es­tuvo la ciudad, con esos dos puentes, durante muchísimos años, hasta que la moder­nidad trajo dos puentes más de hormigón, de un sólo ojo y la pasarela peato­nal.

 Algunas personas en chándal, lo atravesaban cami­nando con paso rápido ha­ciendo un ejercicio que, reconocía Mundi, era conveniente, pero, él, no tenía fuerza de volun­tad para po­nerse a la tarea. El río bajaba con bastante caudal ya que se estaban produciendo los deshielos. El tráfico de vehículos por el puente no era muy grande, “domingueros“, pensaba Mundi, que se van a pasar el día fuera. Dos muje­res, “una madre y una hija”, se imaginó, le adelantaron. La madre llevaba un ramo de flores. “Al cementerio, seguro, van al cementerio“, dijo para sus adentros.

A la mitad del puente se detuvo y se apoyó en la ba­randilla. Aguas abajo, el río circunscri­bía a un islote lleno de vegetación, donde el Ayuntamiento había instalado unos al­tos postes, en cuyo final, había unos incipientes nidos para que las cigüeñas se animaran a anidar, descargando, de esa forma, a los tejados y campanarios de las iglesias cerca­nas, del peso de los imponentes nidos que éstas fabrican. La cosa no había ido mal, ya que, varias familias de zancudas, anidaban en ellos.

Al final del puente, todavía se conservaba la caseta que antaño había sido el fielato, hoy, trasformada en lugar de contacto e información a los peregrinos que hacían el Camino, porque, la ciudad, era un punto importante del Ca­mino de San­tiago. La rebasó, giró a la derecha y se en­contró con unas escalinatas por las que bajó al paseo de la ribera. Caminó despacio, mientras es­cuchaba el crotoreo de las ci­güeñas. Pasó junto a uno de los bancos y decidió sentarse en él. Esta­ría a unos diez metros del río, a la sombra de unos chopos.

La panorámica no era mala, ni mucho menos. Al fon­do, la parte antigua de la ciudad se re­flejaba en el río. Tres torres de iglesias, se perfilaban por encima de los tejados, cada cual de un es­tilo diferente. A la derecha, el puente que acababa de atravesar y limitaba la panorámica por ese lado, hacía un duplicado inverso sobre el espejo de las aguas, dando la sensación de que sus ojos eran grandes cír­culos. Se oía perfectamente el sonido del agua cuando rom­pía contra los pilares del puente.

 Mundi se encontró a gusto. Abrió el periódico. ¿Por qué empezaba siempre los periódicos por la contraportada? Un sonido rítmico le llamó la atención y le­vantó la vista. Por el centro del río y a contracorriente, una canoa con dos remeros remonta­ba el río. El ruido, lo produ­cían los re­mos al penetrar en el agua de forma sincroniz­ada. ¡Plasch!, ¡plasch!, ¡plasch!

¡Plasch!, ¡plasch!, ¡plasch!…

-¡Agárrate, Beni!

-!Joer,! ¿qué te crees que estoy haciendo?-dijo su amigo con un hilo de voz, para que los otros no le tacharan de cobarde.

 Ese verano habían decidido que irían los dos al cas­tillo de Santa Cruz.

**CAPÍTULO II**

 El viaje había sido largo, muy largo, pero como iban todos juntos desde Ma­drid no se lo pasaron mal. Cantaron mil y una canciones. Cuando llegaban a las es­taciones donde el tren para­ba, dando la sensación de que se iban a quedar allí para siempre, se asomaban a las ventanillas y eran el foco de atención de los que se en­contraban en los andenes, sobre todo, del personal femen­ino de su edad. Los inspec­tores que viajaban con ellos se encargaban de mantener el or­den, aun­que a duras penas. A muchos de ellos, la mayo­ría, una idea les iba ocupando sus pensamientos: pronto ve­rían el mar por primera vez. Esto les creaba un hormigueo que les recorría el cuerpo, más intenso, conforme menos tiempo quedaba para llegar.

 Al final llegaron y cuando lo hicieron, ya era de no­che. Unos camiones ¿o fueron autobu­ses? de Capitanía les llevaron hasta Santa Cruz. La noche estaba oscu­ra y una es­pecie de neblina no les permitía ver más allá de unos metros del muelle y lo que se veía era una masa de agua gri­sácea, que se movía de forma amenazadora ya que, la marea, esta­ba alta y las olas batían fuerte.

Mundi y Beni se quedaron quietos tratando de asimi­lar un entorno desconoci­do para ellos: e l castillo perfilán­dose al frente, rodeado por el agua, el ir y venir de las olas con su sonido mo­nocorde y sobre todo, el olor a salitre. Al fondo, a un costa­do, como referencia, las luces de La Co­ruña.

-Que poco somos Beni -dijo Mundi.

-Y que lo digas -contestó el otro.

- No sé si me atreveré a meterme ahí.

-Yo tampoco, esto no es la piscina del colegio.

Alguien les interrumpió:

-¡A la barca! -dijo.

La barca estaba allí, grande, de ocho remos, con ca­pacidad para 15 o 20, espe­rándoles para pasarlos al castillo y la frase provenía del barquero, un tipo agradable y corpu­lento, que dominaba el timón de una manera que a Mundi le maravilló.

La barca era el medio de comunicación entre el casti­llo y la orilla cuando su­bía la marea.

A Mundi le dio al principio cierto reparo ya que era la primera vez que se su­bía a una bar­ca y además en el mar. Ocho de los mayores, veteranos en esas lides, se hicie­ron cargo de los re­mos. El barquero organizaba el embar­que. Al irse cargan­do la barca, el mar daba la sensación de que se quería meter dentro y Mundi no pudo menos que agarrarse fuerte a la tabla que hacía de banco. Beni, era otra cosa, su miedo tenía como expresión la palidez de su cara y los nudillos de las manos blancos de tanto agarrarse. No de­cía nada, con la mirada fija en el castillo, daba la sen­sación como si quisiera, con la fuerza de la mente, acercarlo lo su­ficiente, como para que el viaje fuera lo más corto posible.

Aquello empezó a moverse y la quilla de la barca rompía la masa de agua con un chapoteo que golpeaba el casco y de paso, les lanzaba algunas gotas de espuma con sabor a sal.

Plasch, plasch…, el barquero, al timón, daba instruc­ciones. Los remos entra­ban en el agua con un ritmo pausa­do, pero regular. Parecía como si la parte sumer­gida del remo se doblara den­tro del agua. Beni, seguía mirando fija­mente al castillo y le daba la sensación de que aquello no avanzaba nada. Mundi, se conformaba con mirar el agua viendo que llegaba hasta un palmo o palmo y medio de la parte supe­rior del casco. Conforme iban llegando al castillo, el sonido del mar se iba haciendo más fuerte a causa del romper de las olas contra las rocas del islote. Eran escasos trescientos metros, pero les dio la sensación de que era toda una travesía.

Por fin llegaron y a través de las escaleras del peque­ño muelle subieron a tie­rra firme. A Mundi de esa noche se le quedaron grabadas unas cuantas cosas: El ruido de las olas, hasta enton­ces para él desconocido, la humedad de las sábanas cuando se metió en la cama, ya que al haber estado cerrado durante todo el año, fal­to de ventilación, el propio edificio, había absorbido toda la del ambiente y sobre todo, la sensación de impotencia ante la presencia de la fuerza de la natura­leza, que le hizo estarse toda la noche en una casi continua vigilia, incapaz de descabezar un sue­ño, tratando de adivinar el momento en que las olas daban el golpe a las rocas. Sólo allá, en los al­bores del nuevo día, se quedó trans­puesto y cuando se despertó sintió que algo le faltaba y echaba de menos. El ruido amenazador de las olas había desapare­cido y a través de las ventanas enreja­das, pudo ver un mar verdoso y tran­quilo pero, sobre todo, un mar inmens­o.

Los acontecimientos se sucedían de forma precipita­da. No les dio tiempo a re­cuperarse de la impresión del viaje y al día siguiente, ya estaban metidos en otra aventura que les hacía tragar con dificultad la poca saliva que generaban: el baño.

En realidad la razón de ser de esas colonias de ve­rano, que se organizaban en el castillo, era eso precisamente, que la pinfanada pudiera pasar un verano feliz, disfrutando de cosas que, de otra manera, les serían inalcanzables, entre otras, co­nocer el mar, para muchos, la mayoría, total­mente desconocido. Por eso, la vida, du­rante el tiempo que estaban allí, giraba en torno al baño. Hiciera nublado o sol, el baño no se perdonaba y eso que ¡mira que estaba fría el agua!

La cosa estaba bien organizada, los mayores se po­nían en círculo en el agua y los que no sabían nadar “se lan­zaban” al líquido elemento y entre el sentido de su­pervivencia, un poco de ayuda y unos cuantos lavados de estómago con los tragos de agua salada, terminaban saliendo a flote; luego era cuestión de imitar el estilo de los perros al nadar y después, el perfeccionar el mis­mo, era cosa de trabajo person­al.

La cosa vista así parecía un poco complicada pero asumible, no así para Beni. Durante los dos o tres primeros días practicó el escaqueo, arte aprendido a lo largo de sus muchos años de pinfanato a pesar de su edad. Mundi se lo explicó, le dijo que él tranquilo, que en el mar, según decía su antiguo compañero Jorge, que de eso sabía mucho, se flo­taba muy bien por lo de la sal y que a malas, a malas, siem­pre esta­ban los mayores para echarle una mano.

Beni escuchaba con atención lo que le decía Mundi, incluso asentía con la ca­beza, pero, al día siguiente, con su traje de baño puesto, seguía escaqueándose. Has­ta que le pi­llaron, en la zona de los cañaverales, un par de veteranos y ahí se termi­nó su escapatoria.

Lo llevaron donde estaba el círculo hecho y a pesar de que él estaba recitando de memoria la historia que se ha­bía preparado, de un dolor de tripas imaginario, no le dieron tiempo a termi­narla y alguien le dijo: ¡al agua!

**CAPÍTULO III**

Ni por favor ni nada, sencillamente le empujó desde las escalinatas del muelle. A Beni no le dio tiempo ni de ta­parse la nariz, cayó como un fardo con los ojos ce­rrados y al entrar al agua una sensación de frío horroroso le invadió todo el cuerpo. Sin hacer nada, salió a la superficie y cuan­do, en una fracción de segundo, empeza­ba a pensar que aquello era jauja y que Jorge tenía razón en lo del flotar, se hundió. Empezó a patalear, no veía nada, el agua le picaba en los ojos y el poco aire que lle­vaba en los pulmones, se le terminaba, braceó con fuerza y consiguió volver salir a la superficie, pero como le faltaba aire, abrió la boca y ahí es donde pegó su primer trago de agua marina, que le hizo to­ser y de paso, volver a sumergirse. Unas manos tiraron de él para arri­ba, un arriba relativo, pues apenas cubría un par de metros, pero a él le pareció que había estado en una sima interminable. La secuencia había durado unos segundos pero tuvo la sensación de que había sido mucho, mucho tiempo. Cuando en la orilla recuperó el aliento y recompuso la figura, junto a él es­taba su amigo Mundi que había pre­senciado la escena.

-Ya has pasado lo peor. Verás cómo, poco apoco, vas dominando la cosa. Trata de empezar desde la orilla apo­yándote las manos en el fondo y verás como el cuerpo flota, cuando las manos ya no lleguen al fondo, haz con los bra­zos como hacen los perros cuando nadan y sin darte cuenta irás mante­nién­dote a flote.

Así es como había aprendido a nadar Mundi, pero en río.

Beni, mientras se sonaba la nariz con los dedos tra­tando de sacarse la sal que creía tener dentro, le dijo:

-Cuando yo estaba en el agua, ¿has notado que el mar bajaba de nivel? Te lo digo, porque creo que me he bebido medio océano.

Beni progresaba con lentitud y cuando vio que se mantenía a flote, fue co­giendo más con­fianza, lo que supuso que alguna vez bajara la guardia, cosa que traía consigo el correspon­diente trago de agua. Decidió que lo suyo era la braza y así él y Mundi, empezaron a dominar la técnica, hasta el punto de que, los días que subía la marea, llegaban perfectamente desde el Casti­llo hasta la playa nadando.

Plasch, plasch…,

 Mundi miró al río y vio que los remeros volvían a pasar, esta vez en dirección contraria, lo que suponía menos esfuerzo por ir a favor de corriente.

Tres mozalbetes, provistos de una pequeña caña de pescar y un cubo, pasaron delante suyo y unos cuantos me­tros más allí, se acercaron a la orilla. El del cubo sacó cebo, ¿lombrices?, que colocó en el anzuelo, el de la caña lanzó el sedal con el anzuelo al agua y los tres se sentaron tranquila­mente esperando que algo picase.

 ¡Mete la mano! - dijo Mundi.

¡Una leche! - le contestó Beni- Lo mismo te crees que quiero quedarme sin brazo.

Otro de los entretenimientos del tiempo que pasaban en el castillo era la pes­ca, pulpos, na­vajas, percebes, almejas, peces, de todo había en las inmediaciones del castillo, sobre todo, cuando bajaba la marea. Ellos estaban tratando de co­ger un pul­po que estaba en una oquedad de las rocas. Le ha­bían visto al barquero que metía el brazo en los agujeros ro­cosos y cuando el pulpo se enganchaba al brazo tiraba de él. Claro que eso lo hacía el barquero que tenía el brazo como un poste de telégrafos, pero lo de ellos era otra cosa. Deci­dieron fabricarse un artilugio a guisa de garfio. Uno, metía primero un palo y cuando el pulpo enroscaba el palo, el otro, con el gar­fio, enganchaba al pulpo y así lo sacaban.

La pesca era otra historia. En una de las zonas del is­lote del castillo había un cañaveral, cuando quedaban pocos días para terminar las vacaciones, los aficiona­dos a la pesca cortaban unas cuantas cañas que se quedaban allí durante todo el año hasta el siguiente verano. Ellos o los que fueran en su lugar, siempre tenían una ca­ñas secas dispuestas para ser empleadas.

El cebo se conseguía en el pueblo y más en concreto, en la fábrica de conser­vas que, por un par de pese­tas, les da­ban sardinas de deshecho con las que cebaban la zona don­de pescaban.

Entre una cosa y otra conseguían, más de una tarde, pegarse una buena me­rendola, de lo más variada, contando con la complicidad de los que llevaban la coci­na a cambio de participar en el festín.

Así transcurrían los días, disfrutando como locos con un montón de experien­cias nuevas y para ellos impensables. Por las tardes salían al pueblo y de paso, apro­vechaban entre otras cosas para arramplar una cuantas manzanas de los huertos cercanos, sobre todo, de uno que había en la carre­tera que iba hacia Meirás Esto ha­cía que en más de una oca­sión tuvieran que salir corriendo con algún perro detrás.

La relación con los vecinos del pueblo no era mala, todo lo contrario, pero quieras o no al­guna vez surgía un chispazo que la rompía. Una de las veces fueron ellos, preci­samente ellos, el detonante.

Una tarde, recordaba Mundi, como Beni y él estaban merodeando por la en­trada del baile del pueblo, un salón que en invierno se usaba como cine; un grupo de chicos del pueblo se diri­gían hacia el local acompañados por dos o tres chicas. Una de ellas, al pasar junto a la pareja le lanzó una mirada a Beni que éste interpre­tó como un: ”Eres el chico de mi vida”.

Así que Beni, ni corto ni perezoso, se fue hacia el gru­po y sin más preámbulos, dirigiéndose a ella, le dijo: “Hola, me llamo Beni, ¿vienes conmigo a dar una vuelta?”. Uno de los del grupo, el que parecía el líder, le miró de arriba abajo y le es­petó: “Y a ti, ¿quién te ha dado vela en este en­tierro?”.

Beni seguía mirando a la chica y sin mirarle al otro le dijo: ”Tu padre, que las está vendien­do en aquella esquina”.

La contestación les debió hacer mucha gracia a las niñas del grupo porque rompieron a reír, lo que enfureció al aludido que, con voz ronca, le dijo a Beni. ”Te voy a apre­tar una que. .”,ahí, no estaba muy seguro Mundi, si lo que el otro le dijo a Beni fue “Te van a sonar los mo­cos a calderilla” o “Vas a batir palmas con las orejas”. Fuera lo que fuese, Mundi decidió que era el momento de intervenir. En si­tuaciones como éstas, era Nico quien se encargaba de sacarle las cas­tañas del fuego a Beni, pero Nico no estaba y Mundi entendió que debía asumir tal responsabili­dad. Así que, con aspecto resolutivo, se fue hacia el líder y le dijo:”¿A ti que te pasa, chaval?”

El otro miró a Mundi como valorando la nueva ame­naza y al parecer, la com­paración le salió favorable, así que le contestó: ”Me pasa, que en vez de apretarle el guantazo a él, te lo voy a dar a ti, chulito de mierda”

Mundi parecía como si estuviera esperando esa con­testación porque, al mo­mento, le dijo. ”¿Con qué mano, cha­val?”. Arrastrando las palabras en plan chulo,pero chulo, chulo.

Esperaba que el otro le contestara, con esta o esta otra, para, ipso facto, con­testarle con la misma chulería:”¿Y si te la ato?”.

Pero, el otro, no estaba por dar pistas y lanzó la pri­mera que cogió a Mundi totalmente des­prevenido. No record­aba muy bien si le había venido por la derecha o era la derecha del otro, lo importante es, que el oído empezó a zumbarle con un pi­tido sordo. La siguiente, la segunda, le lle­gó en décimas de segundo y empezó el piti­do en el otro oído.

Los pínfanos, en situaciones críticas, se ayudan hasta las últimas consecuen­cias, y ésta era una de ellas, así que cuando Mundi y Beni, se lanzaron a por los otros, no lo hi­cieron solos, ya que, tres o cuatro colegas, que pasaban por allí, se me­tieron en la trifulca como un sólo hombre. La cosa hubiera terminado en batalla campal de no ser por un par de hombres del pueblo y un inspector, que lograron sepa­rarlos. Y ahí es cuando se produjo el momento de gloria para Mundi porque, cuando le sujetaba uno de los hombres, dirigiéndose al que le había calentado las orejas le dijo: ¡De buena te has librado, chaval, de buena te has librado!”.

Cuando todo hubo pasado, Beni le dijo a Mundi: ”Gra­cias”.

Esa palabra, en boca de su amigo, le compensó el trance vivido.

**CAPÍTULO IV**

Un día, al atardecer, estaban sentados los dos en la playa, hombro con hom­bro, comiéndo­se a medias una man­zana mientras miraban al horizonte, donde, un pedazo de sol ana­ranjado, se resistía a desaparecer. Los bañistas, ya se habían ido. Allí estaba el mar que tanto in­flujo ejercía sobre ellos, tranquilo, con unas suaves olas que llegaban hasta la orilla para retirarse después; al poco, otras las relevaban. Era el mar de los mil colores: blanco, de la espuma al romper las olas en la orilla, azul y verde turquesa, de la proximidad, azulón, del reflejo de los bancos de algas, azul marino, de la lejanía, gris oscuro, de las tempestades, anaranjado de los crepús­culos… El mar de los descubridores, de la emigra­ción, el mar de su amigo Jorge cuando veraneaba en Canar­ias y Mundi sin conocer otro, decidió que ése era su mar.

Un inmenso carguero acababa de salir del puerto de la Coruña y se adentraba en ese mar interminable. Estaban los dos juntos, pero cada cual con sus pensamien­tos, ensi­mismados ante el panorama que tenían delante. De pronto Beni rompió el silencio.

-Aquí le llaman “la mar” -susurró.

-Si, es un nombre muy bonito, me gusta más que el mar, lo envuelve en una especie de mis­terio-le contestó Mundi mientras le pasaba la manzana.

-Si estuviera aquí Nico -dijo -diría algo así como: ”Menudo sorbo”.

-Si,-contestó Mundi -tenía muy buenos dichos.

-No me lo quito de la cabeza, me ayudó mucho. Era un tío fenomenal, noble como él solo, aunque tenía aparien­cia de bestiajo. Para mí fue mi hermano mayor. ¿qué será de él? -preguntó Beni.

-No lo sé, pero aquí hubiera sido feliz.

-A Jorge, esto no le hubiera impresionado, estaba acostumbrado al mar cuan­do iba los ve­ranos a Canarias con sus abuelos, aunque también se lo hubiera pasado en gran­de.

-Sí, además, se bañaba en este mismo mar. Para estas fechas ya habría tratado de ligarse a todas las chicas del pueblo -dijo Mundi como con envidia.

Volvieron a guardar silencio. Beni tenía la vista fija en el barco que se veía a lo lejos. De pronto sin mirar a Mundi, con la mirada en el infinito le dijo:

-Tengo catorce años, llevo nueve de colegio en cole­gio embutido en este trapi­llo, no tengo a nadie, sólo a voso­tros, es como si me hubiera criado en unas inmen­sas jaulas, y todavía lo que me queda. Necesito libertad, poder ir donde quiera sin que nadie me lo prohíba. Te digo una cosa, Mun­di, en el momento que pueda dispo­ner de mi vida, me iré le­jos, muy lejos, como ese barco, a alguno de esos sitios que estudiamos en Geografía y que nos parecen el fin del mun­do, libre de ataduras.

Cuando giró un poco la cara, tenía los ojos empaña­dos. Mundi le echó la mano por el hom­bro y lo apretó fuerte contra él.

Los días pasaban rápido en el castillo y los disfruta­ban al máximo, apu­rando cada instante. Una mañana Beni tuvo una idea.

-Esta tarde después de comer nos escapamos y nos vamos por ahí.-dijo con voz de confi­dente.

-Tú estás loco, chaval -le contestó Mundi -la marea está alta y no se pue­de salir, si no es con la barca.

-En Madrid, oí a unos del Alto que, cuando ellos eran como nosotros y venían al castillo, se escapaban nadando.- replicó Beni con el mismo tono de confidente.

-¿Y qué hacían con la ropa, listo?

Beni parecía que estuviera esperando la pregunta, miró a su amigo y con una media sonri­sa le dijo…

Allí estaban los dos en la rampa, eran las tres de la tarde, acababan de comer y se disponían a iniciar su aventu­ra. En pelotitas, lo que se dice en pelota picada, la ropa in­cluidas las zapatillas, hecha un fardo en la cabeza sujeto con el cinturón que, a guisa de barbuquejo, pasaba por debajo del mentón. Despacio, se metieron al agua y a su tran tran, con el estilo de braza más depurado, iniciaron el trayecto. La cabeza erguida, aunque no podían evitar que algo de agua les salpicase la vestimenta.

La gente es libre de disponer de su vida y ocio y es con lo que no habían con­tado los aven­tureros. Esa playa, normalmente, era poco frecuentada pero ese día, justo ese día, en su lugar de arribada, unas rocas en uno de los costa­dos, había gente que prefería esas horas para estar en la pla­ya, entre otros, un pequeño grupo de chicas de algún pueblo cercano.

Cuando los vieron que llegaban, empezaron a dar vo­ces y más aún, cuando empezaron a salir pertrechados de esa guisa. Esa escena, Mundi la recordó, años más tarde, cuando vio salir del agua a Úrsula Andrews en la primera película del Agente 007. Claro que, aquí, la cosa cambiaba, eran dos y encima como vinieron al mundo. La tal Úrsula, aunque poco, algo llevaba encima.

Los dos nadadores se miraron uno al otro con las dos manos tapándose sus partes pudendas y el fardo en la cabe­za. Sin decirse nada, dieron media vuelta y lo mismo que ha­bían venido, se fueron. La pega fue que, al llegar a su lugar de destino, les estaba esperando al pie de la escalinata uno de los inspectores, a modo de comité de recepción, lo que les supuso una semana sin baño y sin salir del castillo. Ahí, es donde se hicieron aficionados a la pesca.

Los jóvenes pescadores, dieron por terminada su jor­nada, recogieron sus bár­tulos y volvie­ron a pasar por delan­te de Mundi. Uno de ellos le miro e hizo un gesto como di­ciendo: ”Hoy se dio mal”.

Él echó una ojeada a su reloj y vio que se le había pa­sado el tiempo volando, se levantó y caminó por el paseo de la ribera con idea volver a pasar el río, esta vez, por la pasa­rela peatonal.

El tiempo transcurría muy deprisa en el castillo por­que se lo pasaban de ma­ravilla y les quedaban pocos días para que terminaran su estancia en esa tierra ma­ravillosa de: acantilados, praderas, meigas, santa compaña,, orujos, queimadas, percebeiros, pulpeiros, mariscadoras, pescado­res, emigrantes, morriñas, caciques, alvariños, ribeiros, la­cón, empanadas, hórreos, muiñei­ras, gaiteros, cruceiros, ma­risco, callos, Apóstol, peregrinos, Rosalías, Emilias, Cas­telaos, Valles, Camilos, ,ra­pas, naufragios, lutos, carretas… Una tierra que en el verano, en ese lugar, en Santa Cruz de Lians, acogía a un montón de huérfanos que, durante esos días de convivencia, eran felices viviendo experiencias dife­rentes a las habituales, gozando de un entorno que que­daría grabado para siempre en sus mentes y que recordarían con cariño, durante el resto de su exis­tencia.

¡Esta tarde nos llevan a La Coruña!

Todos los años pasaba, en la Hípica Militar se cele­braba un concurso de cate­goría nacional. Allí llevaban a los pínfanos a pasar la tarde. Eso sí, vestidos de uni­forme con gorra de plato con el forro blanco, incluida.

Iban en grupos y desde las inmediaciones del com­plejo se veía el mar como telón de fondo. Un inmenso trasa­tlántico, que acababa de zarpar, enfilaba la salida de la dár­sena en dirección al horizonte, lanzando un gran penacho de humo por sus chimeneas. Se distinguía a bastantes pasa­jeros en las cubiertas, que, todavía, ha­cían signos de despe­dida con las manos. Entonces Beni, que iba en un grupo de­lante de Mundi, volvió la cabeza hacia él y apuntando al barco con una mano y con una mirada limpia y resuelta, le gritó: ¡En uno como ése, Mundi, en uno como ése!

Y Mundi supo que su amigo lo haría.

 Mundi, atravesó la pasarela peatonal camino de casa.

También había encontrado una pasarela nueva cuan­do, muchos años después, fue con su familia a Santa Cruz, para que conocieran el lugar donde había sido feliz aquel verano. Lo que era entonces un pequeño pueblo de pescado­res, se había con­vertido en una zona residencial, con blo­ques de adosados y urbanizaciones rodeadas de jardines. El encanto de la barca de remos para ac­ceder al castillo había desapare­cido ya que la pasarela lo unía a tierra firme con lo que, la subida de la marea, era una anécdota. El castillo ya no era propiedad del Patronato y se había convertido en un centro de muestra de fauna y flora de la zona. Servía tam­bién de lugar de expo­siciones y de aulas de cultura par ni­ños del pueblo y alrededores.

Mundi y su familia atravesaron la pasarela precedi­dos de un grupo de turis­tas. Cuando su­bió por las escaleras de acceso al interior y llegó a la zona ajardinada, compren­dida entre el edifi­cio central y las murallas, le pareció que una inmensa si­cofonía lo llenaba todo. Ciento y una vo­ces, de 40 años atrás, le hicieron revivir aquellos momentos: ”¿Quién viene al pueblo?”, ”¡En la barca caben dos más!”, ”¿Al­guien ha cogido mi caña?”, ”¡Mira lo que he pes­cado!”, ”¡Cambio tres pa­vas por una manzana!”…

Entraron en el edificio, una guapa recepcionista les dio un programa sobre la exposición de un fotógrafo, que versaba sobre paisajes gallegos y que ocupaba la planta baja. Todo había cam­biado y en nada se parecía a lo que él vivió. Restaurado, el castillo estaba muy bonito pero no era lo que fue. El piso superior no pudieron verlo ya que, las aulas y el salón de actos, en que se ha­bían convertido los dormito­rios, estaban ocupados por unos niños cuyos cánti­cos se oían des­de abajo.

Dieron una vuelta por la zona ajardinada y desde la muralla, vio Mundi el lu­gar donde acostumbraban a pescar y no pudo menos de revivir desde dónde se me­tieron y a dónde llegaron, en su escapada nudista.

Terminada la visita, retomaron la pasarela y desde ella Mundi hizo las últimas fotografías. Cuando reanudó la marcha, su subconsciente le gastó una mala pasada y creyó oír la voz amiga e inconfundible de Beni que, desde la parte almenada de la muralla, le gritaba:”¡Eh, Mundi, espéra­me, que voy contigo! Volvió la cabeza, pero allí no estaba Beni con su sempiterno trapillo, no ha­bía nadie, sólo el castillo, su mar y sus recuerdos

A los de tierra adentro

*Agosto del 2005*